

espectáculo de que, á pesar de estar amenazada la cultura de Europa de desaparecer bajo las plantas de los caballos mogoles, continuara delante de los mismos muros de la ciudad eterna la lucha entre el papa y el emperador, mientras en el interior de Roma estallaba entre sus respectivos partidarios una guerra civil, en la cual renació la antigua enemistad entre los welfos Orsini y los gibelinos Colonna. Gregorio IX, con valor indomable, sin inmutarse por los horrores que en todas partes le rodeaban, y en la firme creencia de que procedía bien y de que cumplía sus deberes para con la Iglesia y para con los súbditos que á su protección habian sido confiados, contemplaba desde las almenas de Letrán cómo los imperialistas devastaban y saqueaban la campaña que delante de él se extendía. Pero á pesar de esto, su alma, endurecida por el apasionamiento de la lucha, no abrigaba ni remotamente la idea de paz y de reconciliación, ni aun cuando se vió en presencia de la muerte, que, con el malsano calor del estío, llegó á vencer la naturaleza de hierro de aquel anciano. Gregorio IX falleció en 21 de agosto de 1241, en medio de las escenas de horror y de devastación que habia atraído sobre Italia y sobre Roma.

La muerte del intransigente papa permitió esperar un cambio favorable á la paz: hartos patentes eran los perjuicios que la lucha habia causado á la Iglesia, para que no hubiera en el seno de esta un partido que dejara oír su voz en favor de un arreglo pacífico. Que la Iglesia como tal, no estaba animada contra Federico de la misma hostilidad manifestada por Gregorio IX, lo demuestra una serie de hechos. Quizás bajo la impresión de los últimos sucesos podía quedar destruida la preponderancia de los fanáticos en la curia y en el colegio de cardenales, y en esta creencia puso Federico en libertad á los cardenales que tenia prisioneros en Cápua desde la jornada de Meloria. Esto no obstante, cuando los cardenales se reunieron en cónclave, entre el tumulto del pueblo y bajo las amenazas de los caudillos de la facción aristocrática, no pudieron llegar á ponerse de acuerdo, á pesar de haberse pasado un mes discutiendo. Muchos de los electores acabaron por marcharse, mientras la nobleza y el pueblo tomaban una actitud cada día mas amenazadora y querian evitar á todo trance una sede vacante que les hubiera colocado en una situación muy crítica respecto del emperador. Por eso los pocos perseverantes acordaron elegir al milanés Godofredo, cardenal obispo de Sabina. Este fué proclamado papa en 1.º de noviembre; pero falleció el día 10, antes de haber recibido la consagración. Entonces pareció que iba á trastornarse por completo el orden y á desaparecer el gobierno independiente de la Iglesia. Los últimos cardenales, amenazados por el Senado y por el pueblo, huyeron á Anagni; durante dos años la Iglesia se encontró sin jefe y la sede pontificia estuvo vacante. El estado de cosas era en Roma desconsolador: el partido hostil ejercía un gobierno de terror y perseguía cruelmente á los imperialistas, como Colonna, y á sus parciales. Una guerra de horrores assolaba las comarcas vecinas; repetidas veces se habia presentado el emperador delante de los muros de Roma estrechando la ciudad en apretado cerco, incendiando palacios y quintas y talando campos y plantaciones, siendo las mas perjudicadas las posesiones de los cardenales. Entretanto los romanos, aliados con las pequeñas ciudades vecinas, ejercían represalias en los partidarios del emperador. A pesar de todo, no ocurrió nada que pudiera decidir la contienda, y contra tan desesperada situación luchó en vano el emperador, el cual sufrió sensibles pérdidas en su propia familia, pues con cortos intervalos fallecieron su esposa, la inglesa Isabel (1.º de diciembre de 1241), y luego su primogénito Enrique (2 de febrero de 1242), á quien adoraba, á pesar de

las faltas que habia cometido, y cuya triste muerte abrió sus antiguas heridas.

El Occidente cristiano, sin embargo, no podía permanecer mucho tiempo impasible ante tal estado de cosas, que dejaba por completo abandonados sus mas caros intereses. No habia entonces un régimen unitario en la Iglesia; faltaba una representación única enfrente de los infieles, y á la sazón los sarracenos eran los que se aprovechaban en los Santos Lugares, como antes se habian aprovechado los mogoles en la Europa oriental, de las discordias entre el imperio y la Iglesia. Además, no todo el mundo estaba convencido de los derechos que tan confiadamente pretendía tener la Iglesia respecto del emperador. Especialmente en Francia, donde la conciencia política, por Felipe II Augusto despertada, y el sentimiento de la dignidad y de la independencia nacional se habian robustecido durante el reinado del piadoso pero profundo político Luis IX, la conducta de la curia respecto de Federico II habia sido vista desde un principio con gran disgusto y combatida con energía como injusta. El descontento se aumentaba en aquella nación, y como no habia que esperar el auxilio de la Iglesia, pensóse en ella en no fiarse sino de las propias fuerzas, cosa que era muy posible dada la independencia en que la Iglesia galicana se encontraba respecto de Roma. Luis IX y el clero francés realizaron este propósito y, sin tener para nada en cuenta á Roma ni á los cardenales, dieron á su Iglesia un jefe. Este proceder podia ser la señal de una evolución eclesiástica funesta para Roma y de la constitución de grandes Iglesias nacionales, pues de la misma manera que Luis IX pensaban otros príncipes; y los pueblos, que habian crecido al calor de la conciencia nacional, hacían esfuerzos para llegar á la independencia, esfuerzos que podían ser altamente funestos para la curia romana. El colegio de cardenales tuvo en cuenta todas estas circunstancias. Federico, á instancias de Luis, hizo tambien cuanto pudo por facilitar una elección legal y puso en libertad al obispo cardenal Jacobo de Preneste, único que conservaba prisionero. Segura pareció tambien la realización de las esperanzas concebidas por los mediadores y amantes de la paz cuando los cardenales reunidos en Anagni elevaron, en 24 de junio de 1243, al cardenal presbítero Sinibaldo Fieschi al solio pontificio, vacante durante tanto tiempo. En efecto, procediendo Sinibaldo de la familia cond genovesa de Lavagna, que habia obtenido ciertos favores de los Staufen, y atendida su fama de conocedor del derecho y de hombre de conducta inmaculada, pudo creerse que seria un papa moderado y conciliador. La adopción del nombre de Inocencio IV hizo, sin embargo, presumir cuáles serian las tendencias de este pontificado. El nuevo papa se confesó adalid de la dominación universal pontificia; pero la experiencia demostró que esta aspiración no la tenia por lo que en sí misma era y como resultado del origen divino de la Iglesia, sino que quiso realizarla para satisfacer la insaciable ambición y el desmedido orgullo de su carácter despótico. La elección de Inocencio IV, en la que Federico perdió, según él mismo confiesa, un cardenal amigo para encontrar un papa adversario, en vez de producir el tan deseado cambio, tuvo por consecuencia la renovación de la lucha y el desencadenamiento de las mas brutales pasiones.

Inocencio IV se guardó de manifestar en seguida al mundo cuáles eran sus verdaderos designios y de rechazar rudamente las esperanzas de paz que se habian concebido; por el contrario, aceptó con manifiesto agradecimiento la felicitación del emperador, que le fué transmitida por los consejeros íntimos de este, justicias mayores Pedro de Vinea y Tadeo de Suessa, y por el gran maestro de la orden teutónica Gerardo de Malberg, y contestó á las protestas de paz que

estos le hicieran asegurando estar poseído de iguales sentimientos. En vista de esto, llegaron á entablarse negociaciones; pero las exageradas exigencias del papa hicieron dudar desde el primer momento de la sinceridad de sus disposiciones pacíficas. Bien podia decirse que lo que se exigía del emperador era que se entregara con las manos atadas á su adversario cuando para su admisión en la comunión de la Iglesia se le pedia no solo que pusiera en libertad á todos los prisioneros que tuviera en su poder y que devolviera á la Iglesia los bienes que le habian sido arrebatados, sino tambien que concediera gracia y paz incondicionales á los partidarios y aliados del papa y que sometiera su lucha con la Iglesia á un tribunal arbitral compuesto de magnates laicos y eclesiásticos. Esto era imposible para Federico, cuya proposición de devolver á la Iglesia los territorios conquistados para luego recibirlos en feudo fué rechazada como insuficiente. Además, ocurrió un suceso que demostró que la curia solo habia entrado en negociaciones para ganar tiempo y hacerse, entretanto, con nuevas alianzas. El pontífice consiguió que Viterbo, favorable desde hacia algunos años á la causa del emperador, la abandonara; Federico voló al auxilio de la pequeña guarnición que todavía conservaba el castillo de la ciudad, pero despues de varias semanas de reñidas luchas tuvo que levantar el sitio. La guarnición del castillo capituló, pero cuando quiso salir, fiando en la capitulación, fué atacada y aniquilada por los papistas, que de esta suerte faltaron vilmente á su palabra. Este hecho produjo gran impresión; muchos partidarios del emperador comenzaron á desesperar de la victoria y buscaron su salvación en la alianza con el afortunado adversario. En estas circunstancias llegaron terribles noticias de los Santos Lugares, donde los salvajes caremismos amenazaban acabar con los últimos restos de la dominación cristiana. El deseo de paz se mostraba cada día con mayor fuerza, hasta el punto de que el mismo Inocencio IV se vió obligado á ceder; pero ni aun entonces fueron verdaderamente formales las negociaciones que entabló con el emperador. Federico confió de nuevo su representación á los justicias mayores Tadeo de Suessa y Pedro de Vinea y además al conde Raimundo de Tolosa. El papa volvió á exigir como condicion para levantar la excomunión que sobre Federico pesaba que concediera completa amnistía á todos los que contra él habian combatido como partidarios del papa; que indemnizara á la Iglesia de todos los perjuicios que la habia causado durante los años de lucha, y se sometiera incondicionalmente en todos los asuntos eclesiásticos á la autoridad del pontífice. Estas condiciones, aun tomadas estrictamente al pié de la letra, significaban grandes sacrificios para el emperador; ¡qué seria, pues, si se consideraba el sentido general en que estaban formuladas! Como partidarios del papa, debían obtener los beneficios de esta paz no solo las ciudades lombardas sino tambien los que habian acudido y seguido las rebeliones que en su propio reino hereditario habian estallado. La condicion de indemnización de perjuicios daba á la curia un pretexto para formular pretensiones, cuya amplitud no podia calcularse, y atendida la noción que de la soberanía espiritual del papa tenia y habia hecho valer la Iglesia desde los tiempos de Inocencio III, no habia nada dentro de la vida política que no pudiera ser en ella comprendido. A pesar de todo, el emperador aceptó las condiciones que el papa le imponía, y á fines de marzo de 1244 pudo esperarse que inmediatamente se firmaría la paz definitiva entre la Iglesia y el imperio.

No era esto lo que en secreto deseaba Inocencio IV, el cual no habia creído posible que Federico aceptara tales condiciones y precisamente las habia formulado para que las rechazase y poder hacer responsable al emperador del fra-

caso de los deseos unánimes de paz. Por esto Federico realizó un acto de verdadera diplomacia al aceptar, por onerosos que fueran, los preliminares, con la esperanza de reducir aquellas á mas moderados términos al tratarse de los detalles de ejecución y precaverse por medio de disposiciones precisas contra toda exigencia que pudiera presentarse como desmedida. La situación tenia muchos puntos de semejanza con la que se habia presentado cuando el congreso de paz de Venecia. Ahora como entonces la dificultad principal estribaba en la cuestión de si las ciudades lombardas serian comprendidas en el tratado de paz: la curia persistía en comprenderlas con la misma energía que el emperador se empeñaba en excluirlas. Por esta causa fracasó la paz, con gran contento seguramente de Inocencio IV, el cual quiso entretener todavia por algun tiempo al emperador con la perspectiva de una entrevista personal en la que podrían zanjarse fácilmente todas las dificultades existentes. Entretanto, presentóse sigilosamente en la desembocadura del Tíber una escuadra genovesa; el papa, como si temiera á cada momento ser en Roma víctima de alguna violencia del emperador, salió con sus cardenales como fugitivo de la ciudad y fué conducido por aquella escuadra á Génova, desde donde prosiguió su fuga hácia Francia. A fines del año se estableció en Lyon, y publicó desde allí las bulas por medio de las cuales convocaba un concilio en la ciudad del Ródano para el día de San Juan del año 1245.

El gran drama entraba en su último acto y con él comenzaba la catástrofe del imperio, pues si bien en el edicto conciliar se consideraban como principales puntos de discusión el lamentable estado de los Santos Lugares y el peligro en que se encontraba el imperio latino, y la calamidad de los mogoles, el papa consideró desde un principio como asunto el mas importante la solución de la lucha entre la Iglesia y el emperador Federico. Así lo demostró Inocencio IV con su asiduidad en buscar auxilios contra el emperador, con su celo en proporcionarse los recursos pecuniarios indispensables para hacer los debidos preparativos, y con su infatigable actividad para agitar, animar y acusar. Que el concilio no estaba destinado á examinar los asuntos ni resolverlos imparcialmente, sino á cubrir con su autoridad la resolución extrema que Inocencio IV desde hacia tiempo estaba decidido á adoptar contra el emperador y á presentarla á los ojos del mundo como un acto de incorruptible justicia eclesiástica, lo prueba el hecho de haberse renovado, el domingo de Ramos de 1245, la excomunión contra Federico y contra el rey Enzo. Inocencio IV no procedía ciertamente de buena fe cuando manifestó al patriarca Alberto de Antioquía,—que intentó una mediación conciliadora,—que estaba dispuesto á firmar la paz á condicion de que el emperador llevara á ejecución, antes de reunirse el concilio, los preliminares convenidos en la primavera de 1244; el papa sabia perfectamente que con esto exigía del emperador una cosa imposible. La situación de Federico era muy crítica: únicamente con un golpe de mano violento, como la invasión de la Provenza ó una marcha de avance sobre Lyon, podia romper la red en que sus contrarios le envolvían cada vez más de cerca. A este efecto, el rey Enzo reunió en la Alta Italia grandes fuerzas, mientras el emperador estaba en Verona en negociaciones con los príncipes alemanes. Entretanto, los prelados acudían en gran número á Lyon; pero el concilio que en esta ciudad se reunió no pudo ser considerado como una representación de toda la Iglesia. La Alemania casi no estaba en él representada, pues fuera del infatigable agitador papista Alberto de Bohemia, archidíacono de Passau, solo habian acudido los obispos de Praga y de Lutich; de Inglaterra habian llegado pocos prelados; de los países de raza latina,

Francia era naturalmente el que mas numerosa representacion tenia, á pesar de que ni Luis IX ni la nacion francesa aprobaban la política pontificia. El emperador habia enviado al concilio, en representacion de su causa, al justicia mayor Tadeo de Suessa. Entre los principes laicos que allí acudieron figuraba en primera línea el emperador latino de Constantinopla, que esperaba encontrar en Lyon auxilio para luchar contra los búlgaros y á quien se concedió el puesto de honor á la derecha del papa.

El día 28 de junio de 1245 inauguróse el concilio en la iglesia principal de Lyon; en el discurso preliminar, que versó sobre el salmo 94, 19: «Siento muy contristado mi corazón,» citó Inocencio IV cinco cuidados y dolores que especialmente le contristaban, á saber: la desmoralizacion de los prelados, la arrogancia de los sarracenos, el cisma de los



Sello de Conrado IV (1237-54).

Inscripcion: CVRAD. DIVI AVGTI. IMPIS. FRIDERICI FILI DI GRA. ROMAOR. J. REGE. ELECT.; en el campo: HERM. JERLM. (segun Heffner).

griegos, el salvajismo de los mogoles, y finalmente la persecucion de la Iglesia por el emperador Federico. Comparaba estos cinco dolores con las cinco heridas del Salvador y con Jeremías (*Lamentaciones*, 1, 12) decia á los congregados: «Los que estais presentes mirad y ved si hay dolor que se iguale al mio.» Despues de esta exclamacion, pasaba á tratar del último de los puntos de discusion señalados, para dar rienda suelta á su cólera y á su dolor y excitar los ánimos contra la herejía, la profanacion de templos y otras crueldades del emperador. Entonces se levantó Tadeo de Suessa, no para defender á su señor de las acusaciones del papa sino para ofrecer en nombre de Federico mas amplias concesiones como precio de la paz, entre ellas entregar inmediatamente los territorios ocupados y dar satisfaccion á la Iglesia por cualquier injusticia que contra ella en el calor de la lucha se hubiera cometido. A condicion de que se levantara la excomunion que sobre él pesaba, comprometíase el emperador á dedicar todas sus fuerzas así á evitar el peligro mogol como á salvar los Santos Lugares y á asegurar el imperio latino; los reyes de Inglaterra y de Francia garantizaban el cumplimiento de estas promesas. Hasta estas proposiciones fueron rechazadas por Inocencio IV, diciendo que el emperador no cumpliría lo que prometia y que cuando los fiadores se vieran obligados á cumplir por él, la Iglesia se atraeria nuevos enemigos. Mas duras fueron todavia las acusaciones

y sospechas que contra el emperador formuló el papa en la segunda sesion del concilio, que se celebró el día 5 de julio, acompañándolas de graves censuras contra la vida privada de Federico. La fundacion de la ciudad sarracena de Luceria, el trato con magnates y sabios mahometanos, y las bellezas sarracenas que estaban al servicio de su corte salieron entonces á colacion. Tadeo de Suessa rebatió tales cargos con tanta justicia como fortuna, diciendo que nadie podia juzgar de las creencias del emperador porque á nadie le era dado penetrar en su fuero interno; que si en la corte de Palermo habia mujeres sarracenas, era por las dotes artísticas que las distinguian; y que el mantener tratos con sabios mahometanos distaba mucho de ser tan malo como el tolerar usureros y judíos, cosa que en Roma se tenia por inocente. Entrando en la parte política del conflicto y hablando de la acusacion de deslealtad que habia lanzado el papa contra el emperador fundándose en las concesiones hechas en otro tiempo por escrito á Honorio III (1), Tadeo la rechazó formulando otra igual contra el papa, para lo cual recordó las promesas no cumplidas y consignadas en bulas pontificias. El enérgico discurso del representante del emperador y la irrefutable lógica de sus argumentos llegaron, segun parece, á producir cierta impresion en la asamblea; por lo cual Inocencio IV no queria aplazar las ulteriores discusiones, como pedia Tadeo, porque temia que este llevara nuevas instrucciones ó que se presentara en Lyon el mismo Federico para defender personalmente su causa. Entonces los plenipotenciarios de los reyes de Inglaterra y Francia, cuyas simpatías se habia conquistado el emperador haciéndoles sus fiadores, apoyaron la peticion formulada por Tadeo, en vista de lo cual el papa se vió obligado á lo menos á cubrir las apariencias, concediendo un plazo de doce dias, que no eran suficientes para que Tadeo pudiera realizar lo que queria, por muy deprisa que fuera, y á pesar de haberse acercado el emperador un poco al teatro de los sucesos.

Pocos habian sido los principes que, conducidos por Conrado IV, se habian presentado en Verona al lado del emperador, pues tambien al Norte de los Alpes comenzaban á sentirse los efectos de las excitaciones pontificias. Los enemigos de los Staufen ganaban especialmente terreno en las comarcas del Rhin. Sigifredo de Maguncia, Conrado de Colonia y Arnaldo de Tréveris, hombres que en otro tiempo habian merecido la confianza del emperador, se habian pasado al campo enemigo y su partido crecia de dia en dia entre los magnates laicos y eclesiásticos. El mismo landgrave Enrique de Turingia, que habia sido puesto al lado del joven rey Conrado para gobernar el reino, se pasó á la causa del papa. Veíase claramente que el fin de la oposicion era la destitucion de Federico y la destruccion de la soberania de los Staufen. Ya en la primavera de 1245 habíanse presentado en la corte pontificia de Lyon los arzobispos de Maguncia y de Colonia, y se habian obligado á coadyuvar al nombramiento de un contra-rey luego que el concilio hubiera decretado la destitucion de Federico. Este se dirigió desde Verona, donde nada habia conseguido, hácia Turin. ¿Intentaba presentarse en Lyon? ¿proponíase con un golpe de mano disolver violentamente el concilio? Inocencio IV pareció temerlo así y por esto se apresuró á terminar cuanto antes las discusiones. Federico, al tener noticia, por Tadeo de Suessa, de lo que habia sucedido en la segunda sesion del concilio, envió á Lyon á otros cuatro plenipotenciarios para que le auxiliaran: eran estos el justicia mayor Pedro de Vineca, Walter de Oera, el obispo de Freising y el gran maestre de la orden teutónica. Pero antes de que llegaran á Lyon y apenas espí-

(1) Véase mas arriba.

rado el plazo de doce dias concedido, el papa celebró la tercera sesion del concilio para asestar contra Federico el golpe que tenia preparado. En los consistorios secretos que celebró con los cardenales, redactó los decretos encaminados á presentar al emperador como autor de todas las infa-

mias y crueldades tales como ingratitud hácia su bienhechora la Iglesia, infidelidad al papa como señor feudal del reino de Sicilia, blasfemia contra Dios y contra los Santos Lugares, excitacion á los infieles contra los cristianos, y en suma todos los errores imaginables. Príncipe de la tiranía, destructor de



Estatuas de un matrimonio de principes turingios en la catedral de Naumburgo, de mediados del siglo XIII

las doctrinas de la Iglesia y del culto divino, maestro de la crueldad, corruptor de este mundo, demoleedor del universo, azote de toda la tierra, tales eran los calificativos que en su odio ciego daba Inocencio IV al primer príncipe de la cristiandad, aun antes de que hubiese recaído sentencia definitiva sobre su conducta. «Por todo esto, padres congregados,—decíase despues,—exterminad el nombre y la descendencia de este babilonio, que ha demostrado ser un hombre injusto para con Dios y un príncipe de la mentira.

Derribadlo en presencia de los reyes para que estos no sigan sus huellas, atemorizados por su mirada.» Este edicto respiraba un odio incalculable contra la raza de los Staufen. Llamábase al emperador segundo Herodes, producto de la herética semilla de Federico I; acusábasele no solo del triste fin de su hijo Enrique, sino tambien de la prematura muerte de sus tres esposas y de la de Gregorio IX, á quien habia matado con el cerco de Roma durante los calores ardientes del verano. Decíase que, falto de toda virtud y manchado